Carlos Edmundo de Ory
en mi mala memoria

Antonio Gamoneda

Carlos Edmundo, un nombre, por cierto, que sonaría muy bien precedido o sucedido por un título nobiliario; un título cercano, a ser posible, a una pequeña realeza: "Carlos Edmundo, Príncipe de Andorra". ¿Se dan cuenta? Pero no; el que se da cuenta soy yo de que el ejemplo fantástico es un desatino, porque el Principado

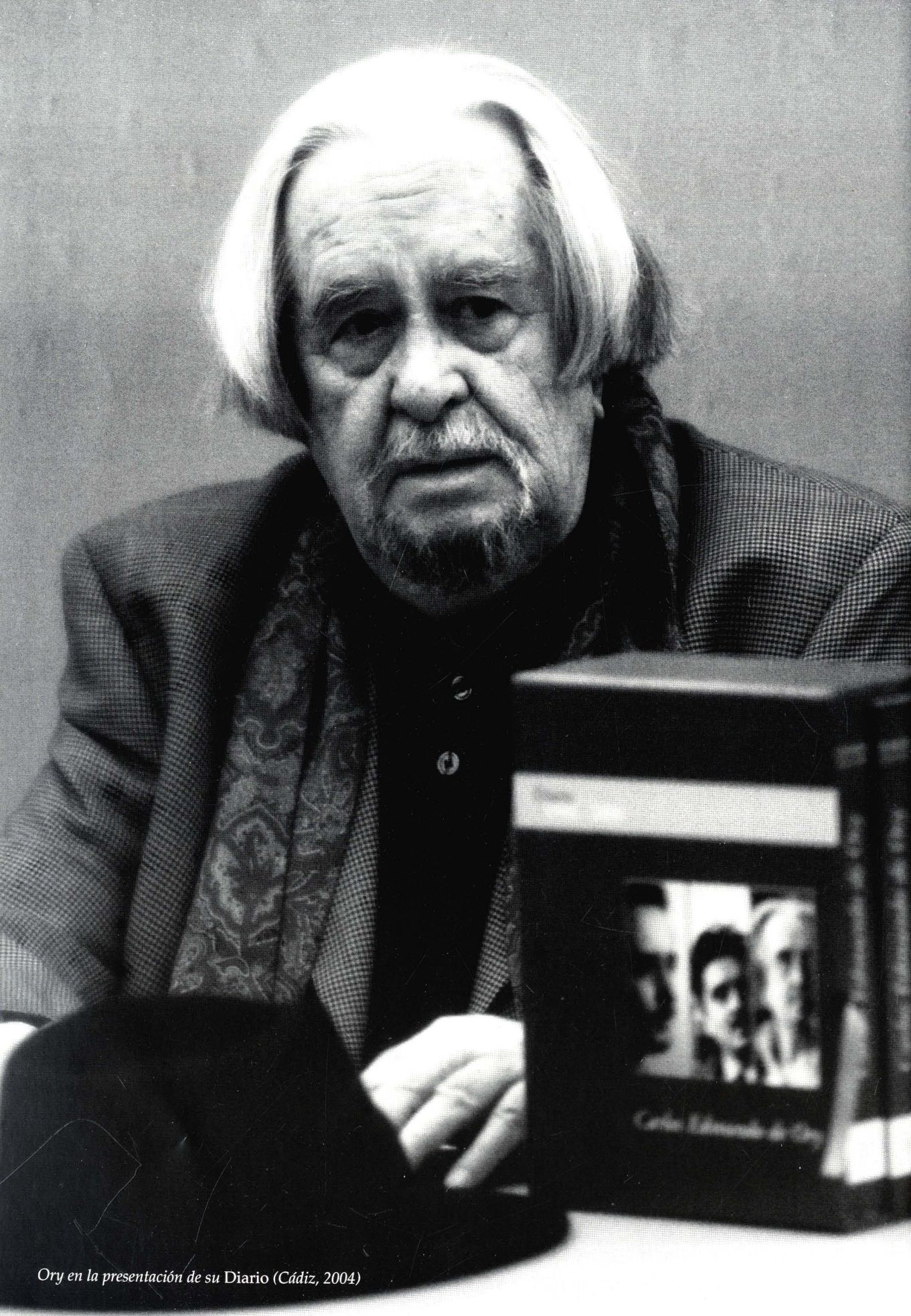
de Andorra lo comparten al cincuenta por ciento un obispo (el de Urgel) y un presidente republicano (el de Francia). ¿Cómo compadecer un poeta, en particular este de hoy nuestro poeta (anástrofe deliberada la mía, porque me parece bienvenida al caso de Carlos Edmundo), y la titularidad de un obispado? Y por otra parte: aunque exista una política histórica que lo haga, hasta la lógica más ilógica rechaza la personalidad unitaria de un príncipe que, simultáneamente, es presidente de la república más republicana de la modernidad. En fin, está escrito y lo dejo pero me equivoqué escribiendo Andorra. Prosigo. Carlos Edmundo **de Ory.** Ahora, una sola pequeña extrañeza: este poeta así llamado publicó un libro titulado *Aerolitos*, ¿cómo pudiendo haberlo llamado *Meteoritos*, que bien pudo, no lo tituló *mete-ori-tos*? La homofonía y algo más hubiera sido perfecta, y él era también perfecto en la que podríamos decir *histrionicofonía*, neologismo que acabo de inventar y del que no me desdigo, porque Ory lo practicaba con plenitud de voluntad y de sabiduría: *Si me hundo me Carlos Edmundo.* Estas cursivas son cita a propósito, y no mala, de lo que vengo diciendo, me parece. Pero basta. Ceso en la palabra cultoparlante (¿neologismo también "cultoparlante"? Quién sabe, yo no) y pido al amable lector discul(to)pas (¿acentúo o no acentúo la "u"?) por lo que pudiera parecer, y hasta ser, un párrafo (a)berrante (*Tu te apitonas conmigo?/hiédete el alma pobrete?/salgamos a* ***berrear****, /verémos à quien le hiede.* Es cita de don Francisco de Quevedo, que quiero ampararme en su autoridad, y también, que me conviene la acepción, en la de los sabios doctores Corominas y Pascual -*V. errar /aberrar*). Pero decía...

Pero decía, o quería decir, que pido me sea perdonado el párrafo anterior, que pudiera parecer broma inoportuna a la hora de recordar a un poeta que ya no está con nosotros, aunque su poesía, es decir, él mismo en otros términos, en su palabra y sucesivo pensamiento, si esté **en** nosotros y por ello le recordamos. Lo que yo he querido hacer en el tal párrafo, lo parezca o no, es un homenaje; un homenaje implícito, nunca una gracia sin gracia. He querido ¿parafrasear?, no; más humilde y ciertamente, no: imitar, sencillamente; imitar malogrando probablemente la imitación, la manera (más bien maneras) de decir que tenía (que tenía y que permanece), tanto dentro de la poesía como fuera de ella, Carlos Edmundo de Ory. Para bien o para mal, entiéndase el párrafo así, por favor. Y ahora diré, de su vida y de su obra (que en espontánea puridad vienen a ser lo mismo) cuanto sepa, que no será mucho, y lo mejor que sepa, que tampoco supondrá gran mejoría.

Ory vino a la vida (en el caso de que la tal vida lo sea realmente, que yo tengo mis dudas) en Cádiz (yo en Oviedo), aunque se decía con reiterado énfasis

apátrida (yo no digo tal; me declaro vocacionalmente provinciano), en 1923 (yo me retrasé ocho años, un mes y tres días); era hijo de un poeta modernista -más bien postmodernista, me parece a mí- (yo también); tenía un conocimiento impresionante de nuestros poetas renacentistas y barrocos, cuyos modelos estróficos utilizaba mucho y bien (mi conocimiento no es impresionante ni quizá suficiente, y sólo en mi muy lejana primerísima juventud escribí algún mediano soneto); fue figura clave del *postismo* (1945), movimiento "postsurrealista", dicen (yo, retrasado, como ya he dicho, habría sido de buena gana una figura menor, pero no pudo ser; ello no obsta para que estime que el que se dice *postismo* fue y sea, hasta ahora mismo, el único movimiento español que, con acierto, pueda ser considerado de vanguardia; muy joven, recorrió países (yo tardé casi veinte años más que él en empezar a hacerlo); finalmente se residenció en Francia (yo no; a mí, la llamada Guerra Civil me amarró a León en 1936 y aquí sigo; no es mal lugar dentro de lo que cabe, que no cabe mucho, aunque lo que más me gustaría es vivir en un pueblo de la Sobarriba, con veinte vecinos y sin teléfono); Ory publicó bastantes libros y muy/muy buenos casi todos -vea quien lo desee sus títulos en cualquier manual, que este articulillo no lo es-, y en lo que concierne al interés, sus libros son interesantes todos (yo he publicado algunos menos y, en cuanto a bondad e interés, no sé decir nada; que lo diga quien lo sepa y quiera); a Ory, me parece, no le fueron concedidos premios importantes, lo cual no merma un milímetro su estatura poética (a mí sí me los han concedido, lo cual no acrecienta ni un milígramo la calidad de mi escritura); ha sido traducido a no pocas lenguas (yo también, no sé si a más o a menos); seguramente no leyó nunca un libro mío (yo sí he leído varios suyos, no todos, que no se distribuían bien, pero entre los varios está *Música de lobo*, una espléndida antología que lo dice casi todo); se la publicó Galaxia Gutenberg (yo también tengo una antología en Galaxia); Ory se murió va a hacer cinco años en Thèzy-Glimont (yo no, aunque no faltará mucho).

Escrito lo escrito, tengo que averiguar por qué he andado parentizándome *à côté* de Carlos Edmundo, porque no es, me digo, a primera vista, mucho ni nada necesario. Pero, a segunda vista, doy en pensar que, sin apenas pensarlo, debió de parecerme un tantillo conveniente hacerlo. ¿Para qué? Dudando de la causa, entro otra vez a pensar y pienso que quizá para advertir y advertirme yo mismo de las concordancias y discordancias, que no divergencias, que se dan entre Ory y yo. Y vuelve la pregunta: ¿Para qué? Pues, demorándome otro poco, me digo y escribo que para que esté más claro el sentido de lo que he dicho y de lo que aún no he dicho: para que esté más claro que escribo desde la escasez de encuentros personales y de circunstancias comunes, recíprocas o no. O sea, que escribo



Ory en la presentación de su Diario *(Cádiz, 2004)*

desde un poco menos que plenario desencuentro y, por tanto, la excepcionalidad de las reuniones es la razón de que exista un espacio muy amplio de, digamos, neutralidad afectiva, en lo que a encuentros concierne, y también en lo que toca a los juicios de valor. Ahí va el primero de estos. Lacónico y firme: Ory era y es un poeta grande.

Y ahora voy a decir de nuestros pocos encuentros, porque me parece que los tales también dicen, quizá más que mi opinión, de la personalidad de Ory. Digo y cuento pues.

Hace ¿treinta años?, puede que más, hice un viaje a París. No sé exactamente para qué, pero sí que, cada uno por su camino, llegaron cuatro o cinco poetas españoles más, de los cuales sólo retengo que uno de ellos era Clara Janés, quien, con muy buen tono y muy buen tino, nos amenazó: se bajaría del taxi si seguíamos fumando. Bueno, está sucediendo que, entrando con poco éxito, como se ve, en el esfuerzo de recordar, algo más he conseguido: estaba también Carmen Romero (todavía sin sus dos "ex" -**ex**esposa del **ex**presidente- añadidos), mujer guapa y culta que, todo sea dicho, no sé que hacía allí. Tampoco sé si Clara Janés y Carmen Romero estaban en la reunión que tuve -tuvimos- con Carlos Edmundo. Como puede verse, estoy haciendo narración, principalmente, de lo que no recuerdo. ¡Qué ocurrencia la mía!

Pues sí, llegó Ory a la reunión -en una sala grande de un colegio mayor, que decimos aquí, o algo por el estilo. Con su sombrero bien calado a perpetuidad, que, naturalmente, no se quitó. Luego llegaron su talento irónico y su ironía expresiva, dedicada ésta, con muy correcta incorrección, a preguntarnos por nuestra vida y obra si la hubiese -la obra-, a decirnos algo, no mucho, de sus tareas de entonces, probablemente acompañadas por muy sinceras y ciertas mentiras. También aplicó su cautelosa ironía a decir (yo no diré qué, aunque algo sí recuerdo de esto, ni daré nombres, que todo ello puede suponerse) de los que, en aquel momento, se entendían grandes y/o casi grandes poetas españoles. El resultado general fue una espléndida comunicación sobre esto y aquello, y también, quizá sin proponérselo, sobre él mismo. Con su fraseo, eran comunicantes también el sombrero perpetuo y la no menos perpetua melenilla que asomaba discretamente alborotada, y los no perpetuos pero sí sucesivos cigarrillos que se fumó. (No andaría muy cerca, presumo, mi admirada y querida Clara Janés). A mí me prometió, seriamente a cambio de uno mío, un libro que, naturalmente, nunca llegó (no tengo íntima constancia de que, al menos, anotase mis señas). Se fue prometiendo volver a otra sesión a la que, también naturalmente, nunca volvió. Aquí termina mi relato parisino de Ory, que otra vez más nos vimos, también en

París, pero tan fugazmente que no me dejó casi nada que convenga anotar: un saludo, un increíble "nos vemos" y se acabó.

Pasaron muchísimos días y no pocos años cuando, en 2005, me parece, yo, por razones que no vienen al caso, tenía que hacer una lectura en el palacio real de la calle Bailén. Acompañado por dos poetas más habría de ser; dos poetas que yo mismo propusiese. No termino de recordar quien era el otro, pero el uno fue Carlos Edmundo. Nada supe de él y llegó el día de la lectura sin saberlo.

Llegó también la tarde de la lectura. Allí estaba "el otro", pero no "el uno", Ory; ni estaba ni se sabía de él. No ya a última hora, sino bastante después, que el acto comenzó con sus más o menos quince minutos de retraso, entró en el salón Carlos Edmundo. Con su sombrero y su melena colgante. Era él, no había duda. Se dirigió a no sé quien que estaba a cercano a mí y que tendría aires de organizador, y le dijo simplemente: "Este recital lo cierro yo". Luego me sonrió con gesto cordial y cansado.

No podía ser así el cierre y los organizadores le razonaron amable y rápidamente el porqué. De esta situación tengo escrito algunas palabras en otra revista: "No pareció darse por enterado (mejor dicho: pareció que no escuchaba), pero sí, se enteró muy bien, y siempre con su sombrero, hizo su turno. Magníficamente, por cierto".

En el caso funcionaría la vanidad, la bien recibida y justificada vanidad de Ory, pero yo creo que la vanidad se activaba a partir de una virtud poética. Sí, poética y virtud. Trataré de explicarme.

La vanidad de Ory procedía, aunque parezca mentira, según yo la entiendo, de la inocencia; de una inocencia que él mismo desconocía. En los grandes poetas, puede que en todos los grandes, anotando que de medianos para abajo, difícilmente podrá ser la vanidad una virtud, la vanidad puede proceder y procede de una natural inocencia que les permite ser simultáneamente sabios y primitivos; lúcidos y, a la vez, pensar y actuar como niños. Esto creo en modo general, y muy particularmente, en lo que se refiere a Ory.

En otro nivel, en el alto nivel de la creación, la vanidad resulta ser un distintivo. Funciona, por ejemplo, en la precocidad de grandísimos poetas (estoy pensando en Rimbaud, en Claudio Rodríguez... Por cierto que de Claudio tengo anécdota prácticamente idéntica a la de Carlos Edmundo) ¿Por qué no habría de funcionar, siempre bajo la condición de grandeza, en octogenarios, en el protagonista de la situación narrada, en nuestro Ory?

Creo que ando excedido en el tamaño de mi escrito. No me pesa el tamaño ni el tiempo si al editor no le parece demasiado mal. Se habrá notado que no he

incluido ningún o casi ningún retazo que pueda parecer ensayo o crítica razonada -y positiva, claro- directamente aplicables a la obra de Ory. Esto lo debe hacer quien sepa hacerlo mejor que yo. Sí he querido trazar, con pocos aunque prolongados trazos, el esbozo de un semblante referido a su exquisita personalidad. Para finalizar, creo que con alguna suerte o acierto, he buscado en un libro (en *Melos melancolía*, precisamente) una cita que me conviniese. Y me parece que la tengo. Es la siguiente:

¿Será el olvido mi arte?
El olvido es un destino
y uno no busca camino.
No se va a ninguna parte.

Creo que sí, que he tenido suerte. Carlos Edmundo, sabiéndolo o no, está declarando su inocencia (el no saber) siempre con su granillo de ironía añadido. Y el "no saber" (*V. San Juan de la Cruz*) es la suprema condición del creador poético. He terminado. Punto y firma.